

Literatura, humanismo y guerra: *La crítica en la edad ateniense* de Alfonso Reyes

Sergio Ugalde Quintana

1. El premio

En diciembre de 1945, en el marco de la instauración de los Premios Nacionales de Ciencias y Artes, el gobierno mexicano otorgó el primer Premio Nacional de Literatura. La creación de este reconocimiento formaba parte de todo un proceso de consolidación de las instituciones del estado nacional posrevolucionario. Después de un largo periodo bélico, que se desarrolló entre 1910 y 1919, México experimentó, a partir de los años treinta, una etapa de relativa estabilidad que se manifestó en la fundación de instituciones y en el impulso de reformas sociales, educativas y económicas. Bajo la presidencia de Lázaro Cárdenas, de 1934 a 1940, el país vivió uno de los momentos de mayor expectativa social: se produjo una reforma agraria que distribuyó tierras a los campesinos; se decretó la educación socialista; se nacionalizó la industria petrolera; se crearon numerosas instancias de defensa de derechos sociales y culturales (Pérez Monfort 2019). En ese mismo sentido, en la siguiente presidencia, la de Manuel Ávila Camacho, de 1940 a 1946, se fundaron algunas instituciones culturales importantes del país: en 1940 se creó El Colegio de México; en 1943, El Colegio Nacional; en 1946, el Instituto Nacional de Bellas Artes. Así, durante este periodo se conformó una estructura estatal a partir de nuevos organismos e instituciones. La instauración en 1945 del Premio Nacional de Literatura formaba parte de ese extenso proceso. En la exposición de motivos que se presentó ante la cámara de diputados, en septiembre de 1944, para la aprobación de la ley que establecía los Premios Nacionales de Ciencias y Artes, se decía:

Preocupación fundamental del actual Gobierno de la República ha sido y es la de desarrollar las manifestaciones de cultura superior en el país.[...] El gobierno ha ayudado, dentro de sus medios, a escritores y artistas mexicanos, bien que en muchas ocasiones haya sido en un forma dispersa [...]. Ahora bien, para el cabal desarrollo de la cultura superior del país, es necesario el impulso gubernamental decidido, que a la vez que otorgando un premio en metálico

a quienes por sus actividades dentro del campo de la cultura lo merezcan, entrañe el más alto honor que la nación puede otorgar a quienes ponen sus mejores esfuerzos en la tarea de prestigiarla y ennoblecerla ante sí y ante los demás países del mundo (Díaz Arciniega 1991, 19).

La instauración de estos Premios era uno de los síntomas del inicio de una relación especial entre el estado nacional posrevolucionario y la comunidad artística y científica del país. Octavio Paz, para referirse a ese vínculo, denominó al estado: “el ogro filantrópico”. Si se toma en cuenta el valor social, cultural, político y simbólico que en sus inicios se adjudicó al Premio Nacional de Literatura, las preguntas se vuelven ineludibles. ¿Quién era el laureado en ese rito inaugural? ¿Cuáles habían sido los criterios para elegir al ganador? ¿Qué obra literaria había sido reconocida en ese acto?

Si se revisa el dictamen del jurado, se verá que las posibilidades para elegir un ganador eran varias. Entre 1940 y 1945, periodo que debía contemplar el premio, se habían publicado novelas, poemas, libros de cuento que podían cumplir con los requisitos básicos del galardón: eran obras “estilística y formalmente decorosas” y “representativas de México en cualquiera de sus aspectos”.¹ En esos años, algunos jóvenes habían escrito y publicado obras fundamentales para el siglo xx mexicano: José Revueltas dio a conocer su novela *El luto humano*; Octavio Paz y Efraín Huerta publicaron, respectivamente, los poemarios: *A la orilla del mundo* y *Los hombres del alba*; Francisco Tario, su libro de cuentos: *Aquí abajo*. Otros creadores, ya con una trayectoria reconocida, habían publicado obras emblemáticas: Carlos Pellicer escribió *Recinto y otras imágenes*; Xavier Villaurrutia, *Décima Muerte*; Agustín Yáñez, *Pasión y convalecencia*; Mariano Azuela, *Nueva burguesía*; Francisco Rojas González, *La negra Angustias*; Emilio Abreu Gómez, *Canek*; Gregorio López y Fuentes, *Una carta a Dios*. Como puede observarse, el escenario era plural y diverso. La decisión, por lo tanto, no era sencilla. Así lo reconocía el jurado en las primeras líneas del dictamen:

En el ejercicio de nuestro encargo como miembros de la Comisión Administradora del Premio Nacional de Literatura, los suscritos tuvimos que resolver

1 Cito por el manuscrito de 5 páginas que lleva el título de “Informe de la comisión administradora del Premio Nacional de Literatura, para el año de 1945”, firmado por José Vasconcelos, Julio Torri, Enrique González Martínez, Alejandro Quijano y José López Portillo y Weber, en posesión del “Archivo Histórico de la Capilla Alfonsina en la Ciudad de México”, fol. AR-MAN-05450, en adelante: Vasconcelos *et al.* 1945.

un problema extremadamente complejo. Nuestro más vivo deseo fue siempre, como es natural, hallar un libro de mérito tan notorio que, al imponerse a la opinión, nos diese la garantía de que nuestro fallo sería recibido con general complacencia. No se nos escapó la dificultad, la casi imposibilidad de lograr resultado parecido; bien al contrario, nos dimos cuenta de una responsabilidad que, según la expresión de alguno de nosotros, nos colocaba en la posición del cohetero que cuenta con la rechifla, así salga bien o mal su trabajo. El cumplimiento de nuestro deber nos obligó, sin embargo, a seguir adelante (Vasconcelos *et al.* 1945, 1).

Precisamente por las dificultades que entrañaba elegir una obra en un escenario tan disímil, el jurado se había propuesto un requisito fundamental: “como no se trataba de un concurso de literatura regional, convinimos en que no era inexcusable el carácter autóctono, puesto que la cultura de México tiene el derecho de hacer oír su voz en cuestiones de interés general humano y en los problemas universales” (Vasconcelos *et al.* 1945, 2). De esta manera, el jurado establecía un criterio de valoración en el que se oponía de forma categórica lo “autéctono” a lo “universal”. Esa dicotomía no era gratuita. En ella resonaban conceptos que ya se habían esgrimido en polémicas literarias anteriores en el campo literario mexicano. Años antes, en 1925, se habían confrontado vivamente dos facciones literarias: por un lado, estaban los representantes de la literatura de la revolución —novelistas y narradores—; por otro, los poetas y ensayistas representantes de una de las vanguardias artísticas. El punto central de la discordia se encontraba en lo que cada uno de esos grupos entendía por cultura nacional. Por un lado estaban los que abogaban por una cultura revolucionaria; por otro, los que sostenían una cultura cosmopolita. Los primeros se autoproclamaron “viriles”; los segundos fueron tachados de “afeminados”. La querrela se dirimió en las páginas de algunos de los periódicos de mayor circulación en el país. Artículos de uno y otro bando iban y venían en las redacciones de *El Universal*, *Excélsior*, *El Demócrata*, *Revista de la Revistas*, *El Universal Ilustrado*, *La Antorcha*, etc. (Díaz Arciniega 1989). El mismo sentido de este debate, con matices más fuertes, se repitió unos años después, en 1932, cuando polemizaron escritores nacionalistas (“autéctonos”) contra cosmopolitas (“universales”). En esta ocasión, la polémica se desató a partir de un artículo que cuestionaba la validez de la vanguardia artística. Nuevamente los términos que se utilizaban polarizaban las posiciones. Al menos así se ha leído la confrontación. Para muchos historiadores de la literatura ahí se encontraban, por un lado, los vanguardistas cosmopolitas, con obras literarias universales, y, por otro, los escritores revolucionarios nacionalistas,

con obras autóctonas (Sheridan 1999). La contraposición, vista a la distancia, parece maniquea. Ahora podríamos hablar de “autoctonismos internacionalistas” o de “cosmopolitismos vernaculares” (Bhabha 2013; Siskind 2016). Sin embargo, en 1945, al momento de otorgar el Premio Nacional de Literatura, el horizonte de enunciación estaba impregnado todavía de ese antagonismo radical. El jurado en ese momento eligió una figura y una obra que, en apariencia, poco tenía de “regionalista” y sí mucho de “universal”. El autor premiado, con el cual iniciaba un ritual significativo en la polis literaria mexicana del siglo XX, fue Alfonso Reyes. La obra galardonada, *La crítica en la edad ateniense*, era un trabajo sobre la Grecia clásica.

2. El hombre de letras

Alfonso Reyes (1889-1959), para mediados de los años cuarenta, encarnaba la figura por excelencia del hombre de letras en México y en Hispanoamérica. Su trayectoria literaria, diplomática y filológica era reconocida en varios sitios. El escritor había vivido fuera de México poco más de un cuarto de siglo. En agosto de 1913, con 24 años, tuvo que abandonar el país; su padre (antiguo ministro de Guerra y aspirante a la presidencia de República) había sido asesinado a inicios de ese año al intentar tomar por asalto el Palacio Nacional (Niemeyer 1966). Reyes no volvería a México sino en 1939. Los primeros 5 años de su exilio en España los sobrevivió gracias a sus labores filológicas y periodísticas; después reingresó al servicio diplomático y desempeñó cargos de representante de México en Madrid, París, Buenos Aires y Río de Janeiro (Garciadiego 2009). En cada uno de esos lugares estableció fuertes lazos intelectuales e intensos diálogos literarios. En España fue cercano de José Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez y Ramón Menéndez Pidal; en Francia, de Paul Valéry y Adrienne Monnier; en Argentina, de Jorge Luis Borges y Victoria Ocampo; en Brasil, de Cecília Meireles y Manuel Bandeira. A finales de los años treinta, Alfonso Reyes era identificado con la figura por excelencia del hombre de letras y humanista del mundo hispanoamericano.

Con este capital simbólico, Reyes regresó a México en febrero de 1939. Su papel fue fundamental para fundar en el país algunas instituciones educativas y de investigación. Creó y dirigió La Casa de España, institución que poco después adquirió el nombre de El Colegio de México, colaboró en la formación del Fondo de Cultura Económica y fue miembro fundador de El Colegio Nacional. A esta figura polifacética, que reunía al poeta,

narrador, ensayista, filólogo y diplomático, se le otorgaba el primer Premio Nacional de Literatura en 1945. En el dictamen del premio se dejó claro que el reconocimiento no sólo se le daba por una obra en específico sino también por su trayectoria intelectual. Sin embargo, la pregunta es inevitable: ¿cuál era la obra por la que se le reconocía?

3. *La crítica en la edad ateniense*

Una vez instalado en México, alejado de las obligaciones diplomáticas y dedicado la mayor parte del tiempo a realizar su obra, Alfonso Reyes escribió una serie de libros en los que indagó sobre el fenómeno de la literatura. El resultado de todas sus preocupaciones culminó con el volumen *El Deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria* de 1944 (Rangel Guerra 1989). El Premio Nacional de Literatura, sin embargo, no se le otorgó por este tratado, sino por un libro que surgió mientras elaboraba *El Deslinde*. Una de las preguntas que había aquejado a Reyes a la hora de redactar su teoría literaria era: ¿cuándo comenzó la crítica literaria en Occidente? Esta inquietud lo llevó a retomar una de sus pasiones juveniles: la lectura de las obras de la Grecia clásica.² Así, entre septiembre de 1940 y enero de 1941, Alfonso Reyes escribió el libro: *La crítica en la edad ateniense*. En los siguientes meses, entre enero y abril de este último año, Reyes leyó su trabajo como parte de un curso académico en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. El principio que estructuró la obra era muy claro; a Reyes le interesaba rastrear el surgimiento y el desarrollo de la idea de crítica literaria en la Edad Ateniense, del 600 al 300 a. C. Este principio organizó todo el material de la cerca de 350 páginas del libro. Reyes comenzó por indagar los orígenes entre los presocráticos, continuó con Sócrates, Aristófanes, Platón, Isócrates, Aristóteles y terminó con Teofrasto y Menandro. En este recorrido se preguntó por las fuentes primarias, leyó estudios críticos, interrogó los textos y llegó a la conclusión de que la crítica literaria entre los griegos siempre dependió de los valores religiosos, sociales y políticos. La crítica estética nunca fue un valor en sí mismo. De ahí la conclusión que emite en las últimas líneas de su libro: “El pueblo que dotó a la humanidad de las obras poéticas más excelsas, apenas sentía la necesidad de aplicarles [...] el

2 Sobre la importancia del universo griego en la formación juvenil de Alfonso Reyes pueden consultarse los trabajos de Susana Quintanilla (2002, 2008), Robert T. Conn (2002) y Sergio Ugalde Quintana (2019).

criterio estético. A la hora de juzgar, se entregó al criterio de la religión, de la moral, de la política, aun del formalismo preceptivo” (Reyes 1941, 364).

La recepción del libro fue ambivalente. Las opiniones, en general, se dividieron en dos grupos: por un lado, los que celebraban la aparición de un sólido trabajo científico y filológico; por otro, los que lamentaban la ausencia de problemáticas “mexicanas” en esa obra. En el primer ámbito destacaron los filólogos. Algunos de ellos apoyaron la premisa básica de la cual partía el libro. Werner Jaeger, el filólogo alemán, autor de la obra *Paideia*, y fundador de los estudios clásicos en la Universidad de Harvard, manifestó en carta personal a Reyes, fechada el 28 de marzo de 1942, su respaldo a la idea de la falta de una crítica estética en la Edad Ateniense:

I think it very fortunate that you have set forth with so much clarity and decision the fact that literary criticism in our sense is absent from the earlier and classical periods of Greek culture and the criticism which is uttered in those centuries with regard to what we would call literary subjects springs from other motives than a purely aesthetic appreciation [...]. It is in my opinion the greatest merit of your book that it does not discard the classical period for this reason as is often done by those interested in the problem of literary criticism in its pure form, but pursues carefully the gradual development of the critical element in Greek life and literature in all its aspects. In this way you have succeeded in showing clearly how along with the moral, political and religious criticism in the classical period the critique of the aesthetic qualities of literary works gradually emerges. [...] In your “anachronistic” chapter at the end of the book you have expressed the natural reaction of the modern mind with regard to the absence of pure literary judgment from the earliest and classical periods of Greece. It is indeed not easy to see how we could return in our days to the Greek subordination of the aesthetic factor to what they thought to be the really essential moral and political factors in the poetical creations which we love. On the other hand it is about time to realize and consider earnestly the facts which you have set forth with so much vigor and in a forcible language with regard to their importance for our historical understanding of the true nature and structure of the classical Greek spirit. The result of your book with which I agree and what I have tried to say about the same problem from the opposite point of view, that of *Paideia*, seems to reopen the discussion of our relationship to the classical and Hellenistic forms of Greek culture (Ugalde Quintana 2009, 100-101).

Este pasaje de la carta de Jaeger no solo señala los méritos del libro de Reyes, con los cuales concuerda el filólogo alemán, sino también el problema central de la filología clásica a principios del siglo XX: a saber, ¿cuál es la relación de la actualidad con las formas de la cultura griega clásica? En otras palabras: ¿Cómo tratar la herencia de la cultura de la antigüedad? (Burstein 2019). Pese a los méritos señalados por Jaeger, no todos los es-

pecialistas estuvieron de acuerdo con las conclusiones de Reyes. Algunos cuestionaron sus premisas. Fue el caso de Ingemar Düring, el classicista sueco, quien aseguró que el escritor mexicano pudo haber matizado sus aseveraciones. Para Düring sí hubo una crítica estética en la Grecia clásica:

Si hubiésemos conservado más de la literatura helenística, sabríamos mejor de la crítica estética de ese periodo. De hecho, hallamos algunas opiniones en Polibio que nos hacen presumir que también existía una teoría estética. Lo mismo podemos decir de Neoptólemos de Parión, que conocemos por medio del *Arte poética* de Horacio. Sin embargo, Filodemos es el primer autor a quien conocemos lo bastante como para poder hacer constar que arguye desde la base de una teoría estética elaborada. Y el admirable opúsculo *De lo Sublime*, un fragmento de mediados del primer siglo d. C., es casi la única obra de la Antigüedad que está fundada en una determinada concepción estética. Siendo así, Reyes acertadamente adopta 'un criterio de tolerancia'. [...] [En las primeras 143 páginas] su propósito [...] ha sido mostrar 'cómo nacía y evolucionaba el fenómeno de la crítica literaria'. Será difícil sostener que, de modo pleno, ha logrado su objeto. Su *aperçu* se asemeja más al voluminoso libro de Gompertz sobre los pensadores griegos que a un estricto análisis de la evolución de la crítica literaria (Düring 1955, 26-27).

Los académicos mexicanos, en general, respaldaron la postura de Jaeger o la de Düring. Por ejemplo, José Gaos, cercano a las opiniones del filólogo alemán, aseguró: "Con esta obra, Alfonso Reyes ha emprendido una nueva jornada de su obra y vida: la de la reflexión, no ya ocasional y marginal, sino temática y sistemática sobre su oficio" (Gaos 1955, 500). Por su parte, Carlos Montemayor, más próximo a las consideraciones de Düring, dijo: "Reyes descuidó lo que era más importante en Aristófanes: la crítica directa literaria a partir del escritor mismo. ¿Por qué no lo trató? Quizá porque pesaba más en él la lectura crítica de los helenistas de su tiempo, que la lectura directa, natural, del texto griego mismo" (Montemayor 1989, 14). Una de las cuestiones más polémicas, en relación con el tipo de helenismo que practicó Alfonso Reyes, es el de sus escasos conocimientos de la lengua griega. Muchos especialistas se niegan a considerarlo un helenista por esta razón. ¿Cómo se puede ser helenista sin saber griego? Antonio Alatorre, quien lo trató de manera cercana durante varios años en El Colegio de México, aseguró:

Don Alfonso sabía el griego como yo el ruso: leía las letras y entendía ciertas palabras aisladas, pero hasta allí. El editor de sus *Obras Completas* cree demostrar que Don Alfonso era un consumado helenista porque se conserva

su libreta (¡autógrafo!) de la clase de etimologías griegas en la Preparatoria. Un helenista jamás hubiera recibido de mí lecciones elementales de prosodia comparada del griego y del latín, ni hubiera tenido problemas con el acento de *Dionysos* o de *Katharsis*, ni me hubiera hecho preguntas sobre la transcripción de los nombres propios. Y, por lo demás, él siempre confesó que su traducción de Homero era traducción de traducciones francesas e inglesas (Alatorre 1974, 22).

Antonio García Robles, en ese mismo sentido, también se lamentó de que el mayor introductor de la Grecia clásica en México no tuviera las herramientas básicas de la lengua de la antigüedad. El propio Reyes lo dejó muy claro cuando, en su traducción de la *Iliada*, aseguró: “no leo la lengua de Homero; la descifro apenas” (Reyes 1968, 91). Por supuesto, este hecho nos hace preguntarnos por el sentido de sus incursiones en el mundo antiguo. Era claro que Reyes ante el mundo clásico no actuaba como filólogo. Él, que había ejercido la disciplina en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, al lado de Ramón Menéndez Pidal y Américo Castro, sabía perfectamente cuáles eran los requisitos mínimos para trabajar como un especialista ante una tradición literaria. Si no se acercaba a Grecia cómo filólogo, entonces ¿cómo se acercaba?

En el segundo ámbito de la recepción crítica de este libro, entre los que lamentaban la falta de problemáticas mexicanas, se encontraban sobre todo escritores jóvenes (narradores, poetas, novelistas) que demandaban un mayor compromiso ético de los intelectuales ante las coyunturas históricas del momento. Para muchos de ellos, las preocupaciones griegas de Alfonso Reyes representaban una manera de huir o de escaparse de los conflictos de su tiempo. Por ejemplo, José Revueltas consideraba, hacia 1943, que el panorama literario de México podía dividirse entre los siguientes grupos: helenizantes, occidentalizados puros, revolucionarios y marxistas. Por supuesto, Reyes estaba a la cabeza de los primeros:

El panorama del México literario puede esquematizarse en los siguientes grupos: a) Los helenizantes ‘por encima del desorden’, a la cabeza de los cuales figura don Alfonso Reyes como líder y prototipo (‘Acuérdese usted –decía don Alfonso Reyes a un amigo suyo de provincia, en una carta que el destinatario tuvo la indiscreción de leerme–, acuérdesse usted que los pensadores griegos estaban a sueldo del municipio; no se queje. Iremos diciendo nuestra pequeña verdad, a pesar de todo’. La cita no es textual pero refleja muy justamente el pensamiento de Reyes.) Estos helenizantes han llegado hasta a tener capacidad para comprender los problemas de México; pero quieren que no se les moleste, que se les deje –con quinientos o seiscientos pesos de sueldo-

forjar las más altas meditaciones. No se arriesgan sino a decir poco y cobarde y malamente, sin dañar a nadie, sin herir, sobre todo, al que da los seiscientos pesos (Revueltas 1943, 5).

Frente a esos dos universos de recepción, me gustaría sostener una tercera posibilidad de lectura. Me parece que *La crítica en la edad ateniense* no es un trabajo filológico, en su más estricto sentido, sino un ensayo de interpretación que actualiza, en el sentido de Walter Benjamin (1978 [1928], 37), o vuelve contemporánea, en palabras de Giorgio Agamben (2011, 17-30), una herencia cultural, para formular una serie de inquietudes sobre la formación de la *Polis* y sobre el papel del intelectual en un momento de profunda crisis, como fue el de la Segunda Guerra mundial, experimentada desde un país marginal a la contienda bélica. En esta tercera vía de interpretación, que supone una lectura política de ese trabajo sobre Grecia, se sitúan las páginas que siguen.³

4. Modelaciones ciudadanas en tiempos de guerra

El libro de Reyes, aunque en apariencia tiene poco que ver con la situación social, cultural y política del periodo, contiene varios indicios que lo vinculan con su momento y su espacio de enunciación. En principio, hay en él un doble procedimiento discursivo: por un lado, el libro elabora una actualización de la cultura griega mediante estrategias retóricas de paralelismos entre la antigüedad y el siglo XX; por otro, establece una propuesta

3 Al realizar una lectura política del texto de Reyes no pretendo desvelar la posición o preferencia ideológica del autor, sino indagar en la distribución de lo sensible que el texto mismo de Reyes propone en la configuración artística de su escritura. Para eso parto de las ideas que Jacques Rancière ha desarrollado en torno a la “política de la literatura” (Rancière 2019, 195-212). En ese sentido, Ignacio Sánchez Prado (2008) y Robert T. Conn (2002) han publicado algunos trabajos fundamentales para entender esta lectura política de algunos ensayos de Reyes. Un antecedente de esta línea de análisis se encuentra en los trabajos de Rafael Gutiérrez Girardot quien, en 1990, señaló: “[en sus trabajos sobre Grecia] Reyes no pretendía sobresalir como filólogo [...]. Reyes pretendía suscitar, presentar ejemplos de humanidad y sobre todo atender a las necesidades esenciales que había impuesto a la inteligencia americana el ingreso tardío de América a la historia de Occidente. [...] El menor peso de la tradición, esto es, de la filología clásica, le permitió a Reyes crear una imagen de Grecia que, además de ejemplar, se aproximaba a la que Nietzsche esbozó en *El origen de la tragedia en el espíritu de la música* (1872). Ésta es una Grecia estética que, como lo exigía Nietzsche, se fijaba en la totalidad y no, como la filología clásica, en una mancha de aceite. Pero esta Grecia estética no dejaba de ser por eso ejemplarmente política” (Gutiérrez Girardot 1990, 107-108).

de modelación cívica mediante retratos, figuras y ritmos que proponen a la razón, el equilibrio y la armonía como elementos de un *ethos* ciudadano. Ambas estrategias revelan un diálogo entre líneas con la etapa crítica de finales de los años treinta y principios de los cuarenta.

El primer elemento para pensar en el proceso de actualización de la cultura griega tiene que ver con la noción misma de crítica. De entrada, al indagar sobre los orígenes de la disciplina, Reyes pone en evidencia la necesidad de preguntarse por el estatuto general de la noción de “crítica” en tanto capacidad de discernimiento. En ese sentido, investigar los inicios de la crítica literaria representa también inquirir sobre “la racionalidad crítica” en Occidente. La finalidad es encontrar soluciones a una época en la que proliferan los discursos irracionales y falaces. Esto se puede observar de forma muy clara en un texto que Reyes escribió en los albores de la concepción y de la redacción de *La crítica en la edad ateniense*. Me refiero al ensayo “Esta hora del mundo”, fechado el 18 de noviembre de 1939 y leído para inaugurar un ciclo de conferencias sobre la Segunda Guerra Mundial. Ahí, el ensayista elabora, a partir de varios ejemplos tomados de Arnold Toynbee, a quien lee de manera acuciosa en ese periodo, toda una alegoría que explica el nacimiento, el apogeo y el declive de los estados imperiales y del discurso racista.⁴ Al final de este ensayo, después de hablar del Yin y el Yang como principios de orden y caos de las civilizaciones y del papel de la geografía, la antropología y la filología en la configuración de los prejuicios étnicos, Reyes asegura que las atrocidades de la época, entre ellas el nazismo, provienen de la pérdida del sentido crítico: “El mal de nuestra época, la dolencia de la mente contemporánea, está en cierta distorsión del sentido crítico, en cierto debilitamiento de las resistencias contra las falacias, las contradicciones lógicas, las ideas hechas, la imitación automática” (Reyes 1960, 250). Así, frente a un escenario de violencia y racismo, Reyes aboga por el restablecimiento de una capacidad reflexiva que discierna y valore los discursos para no caer en contradicciones y falacias. En el fondo, el ensayista mexicano está reivindicando un principio de racionalidad

4 Para la escritura de este ensayo Reyes sigue, sin citarlo, las reflexiones, los datos y los elementos que Toynbee presenta en su libro *A Study of History* (1934, 161-162, 217, 227). El mejor testimonio del furor y simpatía que despertó la lectura de este magno trabajo del historiador inglés se encuentra en el diario del ensayista mexicano: el 4 de octubre de 1939 dice, “[d]eleitado, engolosinado leyendo a Arnold J. Toynbee”, en mayo de 1940 asegura: “Releí anoche mi primera conferencia de Capítulos de literatura (origen de *El Deslinde*), y hoy de mañana comprendí errores de Toynbee que tengo que enderezar” (Reyes 2018, 97 y 174).

crítica que evidencie y rechace lo “irracional” y el “sinsentido”. De ahí, la conclusión a la que llega en ese ensayo: “Nos importa el triunfo de todas aquellas normas que exaltan al hombre en cuanto tiene de excelsamente humano” (Reyes 1960, 253). Esas normas tienen que ver, por supuesto, con el ejercicio de la capacidad crítica. Las relaciones entre los términos de “humanidad”, “racionalidad” y uso de la “palabra” se encuentran de manera central y contundente en las primeras páginas de *La crítica de la edad ateniense*: “La cultura griega está sustentada en el Logos, sostenida por la palabra [...]. Hablar es la forma suma del vivir humano” (Reyes 1941, 9); nada más propio de la humanidad, entonces, que “observar cómo la palabra se enfrenta con la palabra y le pide cuentas y la juzga” (Reyes 1941, 11); “porque Grecia nunca puso en duda el alcance de los instrumentos humanos para todo aquello que nació con el hombre” (Reyes 1941, 35). Así, en medio de un escenario donde proliferan los discursos racistas, falaces y bélicos, Reyes parece proponer una profilaxis del lenguaje: “el aseo de la forma”, debido a las tareas críticas, conduce “a la depuración del pensamiento”, dice refiriéndose a Isócrates (Reyes 1941, 200). Esta reivindicación de la crítica como característica central de la capacidad humana no es el único elemento importante para acudir a Grecia como un acervo de tradiciones que puede actualizarse en la época contemporánea.

En las páginas de *La crítica en la edad ateniense* se elaboran de forma constante, y en muy distintos niveles, paralelismos entre la antigüedad y la modernidad. Reyes encuentra en algunos personajes, corrientes críticas y prácticas culturales del pasado los antecedentes de la cultura de su momento. Hay protagonistas atenienses que anticipan el talante de figuras cruciales de la época moderna: Georgias “parece un Heidegger primitivo”, pues “se agarra a la palabra como una tabla de salvación” (Reyes 1941, 59); Eurípides, el “primer intérprete del alma femenina”, se compara con Ibsen (Reyes 1941, 152) y, “por alteza y bravura”, con Rubén Darío (Reyes 1941, 140). De igual manera, algunas corrientes críticas de la antigüedad prefiguran las preocupaciones y las perspectivas teóricas del siglo XX: la exégesis racionalista de Atenas, que utiliza el texto como un ejemplo de un modo de pensar, conduce a la propuesta de “la fisonomía de las culturas” de Taine y a “la psicología de los pueblos” de Frobenius, Spengler o Kayserling (Reyes 1941, 43); la exégesis alegórica, que quiere encontrar un sentido oculto en los textos, es el origen de la lectura psicoanalítica de Freud (Reyes 1941, 44); los físicos de la antigüedad son como los semánticos modernos: no se interesan por la forma de la poesía, sino por su espíritu; los sofistas, por el

contrario, son como los representantes de la estilística: se preocupan por las figuras del discurso (Reyes 1941, 41). Para explicar ciertos fenómenos de la Atenas clásica, Reyes también echa mano de sus propias experiencias personales. Así lo hace cuando compara la crítica oral de la antigüedad con los comentarios de tertulia en el Madrid de los años veinte:

La crítica literaria alcanza su primera manifestación independiente en el teatro de Atenas [...] parece todavía más cosa propia de la conversación [...]. Si queremos un parangón [...] trasladémonos al Madrid de los cafés literarios [...] [donde] una buena porción de la crítica se ha disipado en las tertulias [...]. En ninguna parte puede encontrarse los documentos de esta doctrina secreta (Reyes 1941, 111-112).

Incluso llegar a utilizar expresiones, acuñadas durante la Guerra Civil española, para referirse al mundo militar griego: “La doctrina de Isócrates, groseramente entendida, ha sido aprovechada entretanto por ‘la quinta columna’ macedónica en Grecia” (Reyes 1941, 192). De esta manera, a partir de todos estos paralelismos, Reyes sienta las bases para elaborar un proceso de actualización del acervo de cultura de la Grecia clásica al mundo contemporáneo. La “cuna de occidente” se vuelve entonces el rasero para medir las creaciones humanas.

Sin embargo, con la escritura de este libro, Reyes también sublimaba sus angustias, su desazón y su zozobra frente al caos bélico que le tocó vivir. Eso se puede leer entre líneas a lo largo de todo el desarrollo del volumen. Al reconstruir la cultura ateniense, el ensayista recrea el ambiente bélico como elemento central de la vida cotidiana. Hay ahí imágenes del guerrero: los presocráticos “llevan en su cuerpo o en su manto el desgarrón de las armas persas” (Reyes 1941, 70); “el bravo” Jenófanes “combate a los veinticinco años, junto a los libertadores de Jonia [...]”. Se une a los indomables focios y emigra para no aceptar el yugo extranjero” (Reyes 1941, 70); Esquilo “combatió en las filas de la infantería, el arma de los pobres” (Reyes 1941, 114); Alejandro encarna “la brutalidad y violencia orgiástica de los bárbaros” (Reyes 1941, 208). Cuando habla de la escritura de la historia y su relación con la poesía, Reyes sintetiza la trayectoria bélica de esa cultura: “para Heródoto la guerra de Persia no es más que la forma actual de un conflicto tradicional entre el Oriente y el Occidente” (Reyes 1941, 80); para Tucídides “las guerras de Troya y de Persia nada valen junto a las guerras del Peloponeso, que han dividido a los griegos en dos bandos” (Reyes 1941, 77); el mismo Tucídides “nos da la historia de una guerra cuando

nosotros hubiéramos preferido la historia de una civilización” (Reyes 1941, 82); Jenofonte, en su *Hellenica*, completa “el cuadro de la gran querrela que despedazó la creciente unidad” (Reyes 1941, 78). Todo ese universo militarista de violencia y de destrucción, Reyes lo conjura con citas que predicán la paz y la concordia: Aristófanes acomete contra los poderosos, pero sobre todo contra “el monstruo espantoso de la guerra” (Reyes 1941, 147); Isócrates predica la unión de la “familia griega destrozada por las guerras intestinas” (Reyes 1941, 190); Sócrates, el soldado, descubre su misión filosófica en medio de una batalla, “acaso ante el espectáculo de las violencias” (Reyes 1941, 95). Nada de esto es gratuito. En realidad, el ensayista estaba preocupado por el desarrollo de la contienda europea de esos días y en la escritura sobre la cultura clásica dejaba leer entre líneas sus preocupaciones actuales por el desarrollo de la guerra. El mejor testigo de esta inquietud es su *Diario*. El 10 de mayo de 1940, Reyes escribe: “Alemania invade Holanda, Luxemburgo, Bélgica y bombardea Londres [...]. Angustiado por los sucesos del mundo” (Reyes 2018, 174). El 14 de junio refiere: “Los nazis en París, luto del género humano” (Reyes 2018, 181). Unos días más tarde asienta: “Encerrado, embriagándome de trabajo, pero muy angustiado [...]. Los Estados Unidos –y aun México– tendrán que militarizarse para otra guerra dentro de poco” (Reyes 2018, 181). El 13 de octubre, en plena redacción de *La crítica en la edad ateniense*, comenta: “Mala noche, pensando en [...] la situación del país y la situación del mundo. No me hago ilusiones respecto a nada. Sigo escribiendo sobre mis griegos” (Reyes 2018, 201).

Noticias y relatos trágicos de la guerra debieron llegar incluso a sus oídos de forma directa y personal. A partir de 1939, México comenzó a recibir a miles de refugiados que huían de la debacle europea. Republicanos españoles expulsados por Franco; comunistas alemanes perseguidos por Hitler; antifascistas italianos exiliados por Mussolini; militantes franceses acosados por Vichy; todos ellos fueron acogidos, primero por el gobierno de Cárdenas y luego por el de Ávila Camacho. Con muchos de ellos, sobre todo con los grupos intelectuales, Reyes tuvo un trato directo en esos momentos. Si se tiene en cuenta ese universo de migraciones, de exilios y de desarraigo, resulta revelador leer pasajes en *La crítica en la edad ateniense* como el siguiente:

La guerra de Troya es un fracaso. [...] Sólo sabemos que los héroes griegos emprenden un regreso lamentable, una odisea trabajosa, para encontrar sus

hogares deshechos y sus tierras anarquizadas. [...] Para gente desintegrada en sus cultos y hábitos por las emigraciones y guerras, el progreso consiste en hacer más quieta y posible la convivencia entre los hombres; es decir, aumentar la confianza en los pactos sociales y asegurar su continuidad. El Estado es un producto artificial. Hay que ayudarlo a nacer con un propósito consciente [...]. La crítica, como las demás actividades del espíritu, se someterá a esta consigna, que es un anhelo general (Reyes 1941, 33).

En esta última frase, Reyes señala el vínculo directo entre el ejercicio de la crítica, en el mundo ateniense, y la construcción del Estado. Esta misma idea aparece con fuerza párrafos antes: “La crítica de la Edad Ateniense revela una ambición institucional. Los críticos de entonces [...] viven empeñados, como todo el pensamiento griego de la época, en construir y salvaguardar la *Polis*” (Reyes 1941, 32). “Construir y salvaguardar la *Polis*”, dos acciones que Reyes emprende en esos momentos no sólo al frente de El Colegio de México, o en su trabajo con el Fondo de Cultura Económica o en sus cursos en la Facultad de Filosofía y Letras y El Colegio Nacional sino también en los retratos cívicos que el ensayista propone en sus libros. Casi al final de *La crítica en la edad ateniense*, Reyes incluye un capítulo que se titula “Un ateniense cualquiera” (Reyes 1941, 347-357). Ahí, elabora el retrato imaginario de un supuesto habitante de la Atenas clásica. El texto apareció publicado por primera vez en el diario argentino *La Prensa*. El ensayista imagina la vida cotidiana de ese personaje: su casa es decorosa y modesta; en ella no hay juegos ni lujos; su vida familiar es sencilla; es magnánimo con los ayudantes y paciente con los vecinos; conversa con sus hijos, pues “el diálogo es la disciplina del conocimiento”; maneja con discreción sus economías; cumple con las instituciones; no es entrometido ni altanero.

Su vida familiar es sencilla, y conforme con la antigua costumbre: para con la esposa, liberal y un poco distante; para con los hijos, puntual y cuidadoso; para con los servidores, magnánimo; para con los vecinos, paciente. [...] Todos saben que vive sin penuria ni abundancia; que maneja con discreción sus economías; que solo presta sobre fianza segura; que nunca se adelanta a cobrar intereses antes de los plazos mensuales [...]. Cumple con las instituciones, que para ser feliz se hizo la virtud [...]. Procura que su presencia no llame demasiado la atención en las calles ni en las reuniones [...]. No cae en las boberías del pueblo, que se detiene a ver pasar el buey, un chivo, un asno, como si nunca antes los hubiera visto. No se entromete en escuelas y gimnasios para quitar el tiempo con sus charlas inoportunas a los muchachos y maestros. No se atraviesa en la riña de los desconocidos [...]. No entra en la barbería o en la perfumería hablando fuerte para que todos lo oigan y enterando a todos de

que el cuerpo le está pidiendo una orgía [...]. No finge saber lo que ignora (Reyes 1941, 350-355).

Con cada uno de los elementos que Reyes destaca en su descripción del “ateniense cualquiera” se teje una trama ética: el personaje se comporta de forma austera; busca el equilibrio de las emociones; propicia la solución de los conflictos; es recatado y prudente; vive con mesura y equilibrio. La práctica de la medianía es vista, a lo largo de todo ese pasaje, como una virtud. En este retrato, Reyes presenta la figura de un hombre como modelo de conducta. Este hecho se vuelve relevante si se pone en relación con otro ensayo de esos momentos. En un texto posterior a este libro, al hablar de los discursos irracionales y del nazismo, Reyes aseguró que ante el irracionalismo no se puede oponer la razón, sino la práctica de la virtud como modelo de comportamiento:

La razón debe reconocer las fuerzas irracionales que tan hondamente remecen los pensamientos y la conducta de los hombres [...] para luchar contra esas fuerzas debe entenderse su dinámica, y hay que penetrarse de que no se las combate con argumentos (pues ello sería inútil) [...], sino aplicando pacientemente aquel método o freno social que Aristóteles llamó *ethismo*: consciente ejercitación y reiteración de una virtud para al fin llegar a adquirirla, remedio pragmático (Reyes 1968, 358).

Por eso, la elaboración ficcional de un habitante de la *Polis* griega, al final de su libro sobre la crítica ateniense, se puede leer como la formalización artística de un proyecto de modelación ética para el ciudadano. Ahí se encuentra todo un modelo de comportamiento cívico. Es necesario señalar que esta modelación cívica se construye formal y artísticamente mediante simetrías, semejanzas verbales, equilibrios sintácticos y juegos constantes entre oraciones coordinadas. Eso se puede ver en el pasaje antes citado. Todo esto crea un ritmo específico en la prosa; su lectura es sosegada. El equilibrio formal se manifiesta incluso en la estructura del libro. Los 555 párrafos numerados en los cuales está dividida *La crítica en la edad ateniense* son una prueba fehaciente de la búsqueda consciente de una mesura y medida absolutas. El discurso que aboga por la medianía cívica no solo se manifiesta en los contenidos, sino en las formalizaciones de su prosa.

Es claro que esa modelación ética y cívica tenía que ver directamente con la *Polis* mexicana. Sin embargo, no sólo con ella. De alguna manera su libro también formalizaba las inquietudes de un grupo de intelectuales

Europeos y americanos que, antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial, intentaron concretar un proyecto de formación del ser humano ante un escenario de profunda crisis bélica. En el contexto de los trabajos y las inquietudes de ese grupo se entiende más cabalmente el proyecto de un humanismo universalista, que se asume como heredero de la Grecia clásica, de Alfonso Reyes.

5. Las políticas del humanismo

Mark Greif, en un libro reciente sobre el concepto de hombre en la ficción estadounidense, asegura que la primera mitad del siglo XX en Occidente se caracterizó por una crisis del concepto de lo “humano”. Numerosas inquisiciones sobre la humanidad y el humanismo se reflejaron en libros de filósofos, psicólogos, historiadores y escritores. Esa proliferación de indagaciones sobre el “hombre” era parte del resultado de una crisis desatada por el ambiente bélico que había permeado las primeras décadas del siglo. Ante la subversión de los valores políticos, económicos, sociales y culturales, la reacción inmediata fue preguntarse por el sentido y el significado del “hombre”. Así surgieron distintas propuestas de modelación del ser humano: la del fascismo, la del nazismo, la del estalinismo, la del liberalismo. Casi todos los movimientos políticos hablaban de formar un “hombre nuevo” (Greif 2015, 3-99).

De entre los numerosos grupos de intelectuales de esa época, preocupados por una idea de la formación del ser humano, sólo me detendré en uno de ellos. Con él tiene que ver directamente el proyecto de humanismo griego y universalista de Alfonso Reyes. Me refiero al conjunto de escritores e intelectuales que, a partir de 1932, se organizó en torno al Instituto Internacional de Cooperación Intelectual (IICI) –antecedente directo de la UNESCO y dependiente en esos momentos de la Société des Nations–. Dos figuras fueron clave en los inicios de organismo: Paul Valéry y Henri Focillon. Ambos emprendieron la tarea de convocar a las inteligencias del mundo para propiciar intercambios intelectuales. El objetivo era reunir “les hommes les plus capables d’éclairer la conscience universelle et de s’éclairer mutuellement à une heure particulièrement grave de la vie du monde” (Valéry y Focillon 1933, 13). El mexicano Alfonso Reyes estuvo presente en varios momentos de este proyecto. En 1932 respondió al llamado de Valéry para fundar la Société des Sprits (Ugalde Quintana 2017). En 1936 participó en el 6º congreso del Instituto Internacional de

Cooperación Intelectual realizado en Buenos Aires (Colombi 2011). En 1941 presidió los trabajos de esta institución en La Habana (Pita González 2014). En 1943 fungió como presidente de la mesa directiva en Nueva York, cuando el instituto ya se encontraba en el exilio.

En todos los encuentros, coloquios y conversaciones de ese organismo se manifestó un deseo por restablecer el sentido de lo “humano” y por trazar las tareas de la literatura y de los intelectuales en la construcción de un nuevo humanismo. Basta revisar los títulos de esos eventos para percatarse de las dimensiones éticas, formativas y pedagógicas de ese esfuerzo. En específico, el coloquio que se realizó en Budapest, en julio de 1935, llevó el sugerente título de “Vers un nouvel humanisme”. En este congreso se pusieron en diálogo varias nociones de ese término: la de los filólogos clásicos, que pretendían reforzar la enseñanza de las lenguas clásicas; la de Paul Valéry, quien hizo una serie de anotaciones sobre el humanismo puro; la de Thomas Mann, quien, ante el escenario de ascenso nazi, pedía un humanismo militante con una incidencia política directa (Mann 1937, 55). Pocos meses después del encuentro en Budapest, el Instituto organizó otro coloquio en Buenos Aires. El tema propuesto fue: las relaciones intelectuales entre Europa y América. Dos representantes de cada uno de los continentes fueron los encargados de abrir el coloquio. Por Europa dio el discurso inaugural George Duhamel; por América, Alfonso Reyes. Ahí, el escritor mexicano leyó un ensayo clave en su obra literaria y que más tarde tituló: “Notas sobre la inteligencia americana” (Reyes 1936, 12-19). Con este trabajo daba respuesta a las inquietudes humanistas que se venían planteando en el IICI.

En ese texto, Reyes sostenía que las labores del intelectual en Hispanoamérica siempre habían tenido que sostenerse en la plaza pública. Por esa razón, para la inteligencia americana no era posible pensar en un intelectual puro —en clara alusión a Valéry y a Julien Benda—, sino en un intelectual comprometido con su tiempo y su sociedad. El intelectual hispanoamericano había tenido que combinar sus preocupaciones por el saber con la construcción de las sociedades nacionales. En ellos se reunían la pluma y la plaza pública, la escritura y la política. Esta condición, desventajosa en otros momentos, parecía ser la ideal para el escenario bélico que se experimentaba en esos días. Además de su carácter público, el intelectual americano encarnaba la idea de síntesis de toda la herencia de Occidente. Bajo esas dos premisas, Reyes elaboró, unos años después, su libro *La críti-*

ca en la edad ateniense. En él se concretaba la idea de una inteligencia que, situada en la plaza pública, organizaba la síntesis de una herencia cultural.

Visto en ese contexto, el libro de Alfonso Reyes respondía entonces a un doble horizonte político y discursivo: por un lado, satisfacía las necesidades del estado posrevolucionario mexicano, al proponer formas de modelación ciudadana en un momento de consolidación institucional; por otro, respondía a las inquietudes planteadas por los intelectuales agrupados en IICI, al dar salida a las angustias ante la guerra y proponer el rescate—la actualización— de una herencia cultural. Para el Estado mexicano y para el IICI era necesario mostrar formas de ser, de actuar y de decir propicios para la consolidación de una nueva polis, local y global. Reyes sabía que su obra literaria y ensayística se situaba en la encrucijada de esos modelos de conducta. En el discurso de recepción del primer Premio Nacional de Literatura aseguró: “el problema de la convivencia del hombre con el hombre, el problema humano por excelencia en la tierra, que es el político, amén de requerir expedientes de inmediata y corta aplicación, solo se encamina con ese remedio a largo plazo [...] que, en síntesis, llamamos cultura” (Reyes 1945, 8). Una cultura que evidentemente para Reyes significaba la Grecia clásica. Por eso su idea y su práctica del humanismo se relacionan directamente con una actuación política formativa: “Yo creo que el sentido del verdadero humanismo consiste en volver a insertar la teoría y la técnica en la política. Es decir, en el ideal humano de la mejor y más justa convivencia del hombre con el hombre [...]. Hay que resucitar las doctrinas de los humanistas para volverlas a poner en armonía con los fines de la Humanidad” (Reyes 1946, 5). Esta modelación de un *ethos* a partir del ideal griego, por supuesto, implicaba muchas exclusiones; las más evidentes: la de género y la de las culturas no occidentales. Las mujeres y los pueblos indígenas mexicanos son una presencia muy conflictiva en la obra ensayística de Alfonso Reyes.

Ese mismo año de 1945, apenas unos días antes de que se entregara el premio a Alfonso Reyes, los trabajos del IICI dieron frutos y se fundó la UNESCO. El objetivo de esta institución era contribuir a la paz y la seguridad del mundo mediante la educación, la ciencia y la cultura. El presidente de México, Manuel Ávila Camacho, a la hora de entregar el primer Premio Nacional de Literatura, dio un discurso en el que de manera sutil relacionaba los esfuerzos del estado mexicano por consolidar la polis literaria en el país con la reciente creación de la UNESCO. De forma indirecta, el

presidente de México situaba en un horizonte global los esfuerzos y la obra de Alfonso Reyes:

Resulta en extremo revelador que, tan pronto como salieron del fragor de la lucha armada, cuarenta y tres países se hayan unido para declarar su resolución de afirmar la seguridad colectiva de las naciones sobre la independencia del pensamiento, por la educación, por la ciencia y por la cultura. Al decidir que es en la mente del ser humano donde deberían erigirse primordialmente los baluartes magníficos de la paz, esos países exaltaron una voluntad de concordia que México ha sostenido sin desmayar, a través de los sacrificios y de las tormentas [...] orientada y regida por la justicia, la cultura siempre será la defensa más generosa y el argumento más convincente de un pueblo en su diálogo con el mundo civilizado (Ávila Camacho 1945, 8).

De esta manera, en la entrega del primer Premio Nacional de Literatura en México, se enlazaban simbólicamente varias inquietudes y proyectos de toda una comunidad intelectual. El libro de Alfonso Reyes, *La crítica en la edad ateniense*, era un síntoma y una respuesta a muchas de las angustias, contradicciones y búsquedas que numerosos escritores e intelectuales del momento intentaron resolver al acudir a un pasado y a una herencia de la cultura –en este caso Grecia– como solución universalista ante un horizonte bélico imperante.

Referencias bibliográficas

- Agamben, Giorgio. 2011. “¿Qué es lo contemporáneo?”. En *Desnudez*, 17-30. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Alatorre, Antonio. 1974. “Alfonso Reyes: pequeña crónica desmitificante”. *Diálogos. Artes/Letras/Ciencias Humanas* 58: 20-22.
- Ávila Camacho, Manuel. 1945. “Discurso en la entrega del Premio Nacional de Literatura”. *El Popular*, viernes 21 de diciembre, 1ª secc.: 8.
- Benjamin, Walter. 1978 [1928]. *Ursprung des deutschen Trauerspiels*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp.
- Bhabha, Homi. 2013. *Nuevas minorías, nuevos derechos*. Traducido por Mariano Siskind. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Burstein, Stanley M. (2019). “‘A Friend in Foreign Lands’: The Friendship of Alfonso Reyes and Werner Jaeger”. En *A Scholiast’s Quill: New Critical Essays on Alfonso Reyes*, editado por Roberto Cantú, 32-42. Newcastle upon Tyne: Cambridge Scholars Publishing.
- Colombi, Beatriz. 2011. “Alfonso Reyes y las ‘Notas sobre la inteligencia americana’ una lectura en red”. *Cuadernos del CILHA* 12, nº 14: 109-123.

- Conn, Robert T. 2002. *The Politics of Philology: Alfonso Reyes and the Invention of the Latin American Literary Tradition*. Lewisburg/London: Bucknell University/Associated University.
- Díaz Arciniega, Víctor. 1989. *Querrela por la cultura revolucionaria (1925)*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Díaz Arciniega, Víctor. 1991. *Premio Nacional de Ciencias y Artes (1945-1990)*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Düring, Ingemar. 1955. *Alfonso Reyes: helenista*. Madrid: Ínsula.
- Garciadiego, Javier. 2009. *Alfonso Reyes, breve biografía*. México, D.F.: Planeta.
- Gaos, José. 1955. "La crítica en la edad ateniense". En *Páginas sobre Alfonso Reyes vol. 1, segunda parte*, compuesto por Alfonso Rangel Guerra, 494-503. México, D.F.: El Colegio Nacional.
- Greif, Mark. 2015. *The Age of the Crisis of Man. Thought and Fiction in America, 1933-1973*. Princeton: Princeton University Press.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. 1990. "La concepción de Hispanoamérica de Alfonso Reyes (1889-1959)". *Revista de Occidente* 106: 107-108.
- Mann, Thomas. 1937. "Participation". En *Entretiens 6. Vers un nouvel humanisme*, 53-55. Paris: Société des Nations/Institut International de Coopération Intellectuelle.
- Montemayor, Carlos. 1973. "Una crítica a *La crítica en la edad ateniense*". *La vida literaria* 3: 14-16.
- Montemayor, Carlos. 1989. "El helenismo de Alfonso Reyes". *Vuelta* 154: 12-16.
- Niemeyer, Eberhardt Victor. 1966. *El general Bernardo Reyes*. Traducido por Juan Antonio Ayala. Monterrey: Gobierno de Nuevo León/Universidad de Nuevo León.
- Pérez Montfort, Ricardo. 2019. *Lázaro Cárdenas, un mexicano del siglo xx*. México, D.F.: Debate.
- Pita González, Alejandra. 2014. *Educación para la paz. México y la Cooperación Intelectual Internacional 1922-1948*. Colima: Secretaría de Relaciones Exteriores/Universidad de Colima.
- Quintanilla, Susana. 2002. "Dioniso en México o cómo leyeron nuestros clásicos a los clásicos griegos". *Historia Mexicana* 51: 619-663.
- Quintanilla, Susana. 2008. "Nosotros". *La juventud del Ateneo de México*. México, D.F.: Tusquets.
- Rancière, Jacques. 2019. *Disenso. Ensayos sobre estética y política*. Traducido por Miguel Ángel Palma Benítez. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Rangel Guerra, Alfonso. 1989. *Las ideas literarias de Alfonso Reyes*. México, D.F.: El Colegio de México.
- Reyes, Alfonso. 1936. "Exposé introductif de M. Alfonso Reyes". En *Entretiens 7. Europe-Amérique Latine. Buenos-Aires septembre 1936*, 12-19. Paris: Société des Nations/Institut International de Coopération Intellectuelle.
- Reyes, Alfonso. 1941. *La crítica en la edad ateniense*. México, D.F.: El Colegio de México.
- Reyes, Alfonso. 1945. "Discurso de recepción del Primer Premio Nacional de Literatura". *El Popular*, viernes 21 de diciembre, 1ª secc.: 8.

- Reyes, Alfonso. 1946. "Entrevista". Archivo Histórico de la Capilla Alfonsina en la Ciudad de México, fol. AR-MAN-03435.
- Reyes, Alfonso. 1960. *Tentativas y orientaciones. Obras completas*. Vol. XI. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, Alfonso. 1968. *Los poemas homéricos. La Iliada. La afición de Grecia. Obras completas vol. XIX*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, Alfonso. 2018. *Diario (1939-1945)*. Coord., ed. e introducción por Javier Garcia-diego. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Revueltas, José. 1943. "Réplica sobre la novela: el cascabel al gato". *El Popular*, domingo 23 de mayo, 2ª secc.: 3.
- Sánchez Prado, Ignacio. 2008. "Alfonso Reyes y la crítica clásica. Notas para una genealogía". *Revista Anthrops. Huellas del Conocimiento* 221: 96-107.
- Sheridan, Guillermo. 1999. *México en 1932: la polémica nacionalista*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Siskind, Mariano. 2016. *Deseos cosmopolitas. Modernidad global y literatura mundial en América Latina*. Traducido por Lilia Mosconi. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Toynbee, Arnold, J. 1934. *A Study of History*. London: Oxford University Press.
- Ugalde Quintana, Sergio, estudio, edición y notas. 2009. *Un amigo en tierras lejanas: correspondencia Alfonso Reyes/Werner Jaeger (1942-1958)*. México, D.F.: El Colegio de México.
- Ugalde Quintana, Sergio. 2017. "Das Vermögen der Intellektuellen: Paul Valéry und Alfonso Reyes am Internationalen Institut für geistige Zusammenarbeit". En *Paul Valéry: Für eine Epistemologie der Potentialität*, por Pablo Valdivia Orozco y Andrea Allerkamp, 253-268. Heidelberg: Winter.
- Ugalde Quintana, Sergio. 2019. "Alfonso Reyes lee a Nietzsche: cultura clásica y ethos agonista". *Nueva Revista de Filología Hispánica* 67: 131-153.
- Valéry, Paul y Henri Focillon. 1933. "Introduction". En *Correspondance 1. Pour une société des Esprits. Lettres de Henri Focillon, Salvador de Madariaga, Gilbert Murray, Miguel Ozorio de Almeida, Alfonso Reyes, Tsai Yuan Pei*, 10-21. Paris: Société des Nations/ Institut International de Coopération Intellectuelle.
- Vasconcelos, José, Julio Torri, Enrique González Martínez, Alejandro Quijano y José López Portillo y Weber. 1945. "Informe de la comisión administradora del premio Nacional de Literatura, para el año de 1945". Archivo Histórico de la Capilla Alfonsina en la Ciudad de México, fol. AR-MAN-05450.